

La incompetente

Precariedad, trabajo, literatura

Gabriel Giorgi

New York University

Lispector sismógrafa

Ciertos textos tienen una cualidad sísmica: la que reorganiza, de modos decisivos, las formas de percepción de lo real, como si registrarán un desplazamiento del suelo sobre el cual tienen lugar nuestras percepciones, nuestras sensibilidades compartidas, nuestro sensorium. Se trata de textos que registran movimientos menores en el que ciertas representaciones—estéticas, políticas, sociales—empiezan a desvanecerse, a descomponerse, y a indicar nuevas direcciones, otros reordenamientos de lo sensible. Esos movimientos aparentemente mínimos e imperceptibles (y por eso mismo poderosos, imparables) son aquellos por los cuales las representaciones dejan de ordenar (y de *darle órdenes*) a lo real, cuando empieza a hacerse evidente que esas representaciones son más bien una especie de foto corrida, de afirmación en falso: un punto, no de “quiebre” o de “transgresión”, sino más bien de desajuste entre las palabras y las cosas, entre relatos y temporalidades, entre nombres y cuerpos. Ahí, la literatura como *sismógrafo* donde se escuchan los temblores de lo real, y también sus líneas de reorganización, sus potencias mínimas, menores, las líneas de derrame que reconfiguran un orden dado.

“Macabéa” es el nombre de un sismo de este tipo. No necesariamente porque forme parte de ese archivo de escrituras poderosas y admiradas que reconocemos bajo la firma de Clarice Lispector, sino más bien porque es una figura

que en *A hora da estrela* rearticula líneas de trabajo que la misma Lispector había interrogado en textos previos y las enfrenta a un nuevo territorio—un nuevo desierto, podríamos decir—en el que se anuncia un futuro. Ese nuevo territorio que Macabéa está comenzando a explorar de modos que se vuelven continuos al presente (como una figura de con-temporaneidad), es el terreno de lo que llamamos, en nuestro léxico, “precariedad” o “condición precaria.” Ese territorio no refiere solamente una realidad social marcada por la intensificación de la desigualdad, por la erosión de derechos y estructuras de protección social y la reorganización de los modos del trabajo—todas características ya evidentes y reconocibles de lo que llamamos “era neoliberal”—; precariedad nombra también una producción de subjetividad y un régimen de sensibilidad en la que la vulnerabilidad misma de la vida y del viviente adquiere un nuevo relieve de intensidad y una nueva gravitación ética y política.¹ La condición precaria traza una *transversal* entre configuraciones sociales, producciones de subjetividad y políticas de lo viviente: cruza y conecta de nuevos modos universos de experiencia diversos. Macabéa y *A hora da estrela* son—tal es mi argumento en este ensayo—una de las primeras cartografías de ese territorio nuevo, que se está abriendo en América Latina a fines de los 70 (la novela se publicará en 1977), y donde se escuchan las primeras sacudidas de ese sismo histórico que reordenará la vida de nuestros países a partir de los 80, que es el reordenamiento neoliberal de lo social.

Líneas futuras: lo que se dibuja a través de Macabéa son los contornos de una figura que se volverá central para nuestras realidades y nuestras luchas, y que es la figura de *la precaria*. El personaje de Lispector, en un momento liminal de su escritura, constituye una genealogía estético-cultural de esa figura que será, en las

¹ Las conceptualizaciones en torno a la noción de precariedad son muy vastas, y conjugan ángulos de análisis muy diversos. Entre esas conceptualizaciones, es muy conocida la intervención de Judith Butler (2004) en torno a la distinción entre *precarity/precarioussness*, que hace orbitar la cuestión de lo precario en torno a una ontología política del cuerpo en tanto que vulnerable; Isabell Lorey (2015), siguiendo esta línea de análisis, se enfoca en los modos en que precariedad se convierte en una tecnología de gubernamentalidad en los ordenamientos neoliberales de lo social. Por su lado, Guy Standing (2009) trabaja una mirada desde la sociología del trabajo en la que lee la emergencia de una nueva clase social, el *precarizado*, a partir de la flexibilización laboral propia del neoliberalismo. Mauricio Lazzarato (2017) piensa la cuestión de lo precario en relación a las luchas micropolíticas sobre el “trabajo flexible”, donde ve una “producción de subjetividad” específica a las luchas anti-neoliberales. Anne Tsing (2015) piensa la pregunta por lo precario en torno a las “ruinas” sociales y ambientales del capital, en el contexto del debate sobre antropoceno. Sin usar la palabra “precariedad”, pero con resonancias nítidas con estas discusiones, Ignacio Lewkowicz (2004) discute la crisis de lo estatal y del Estado de bienestar como una reinvencción de lo subjetivo a partir del desfondamiento de los imaginarios y las realidades de la protección estatal, que es un tema central en el debate sobre precariedad. Esta constelación (sin duda caprichosa y parcial) nos señala, sin embargo, el carácter transversal de la noción de precariedad, que cruza universos de lo social, lo subjetivo, lo biopolítico y lo ambiental o cosmopolítico. Es esa transversalidad lo que reorganiza también universos de lo sensible.

décadas siguientes, decisiva para el paisaje de lo político: lo que se lee en la Macabéa de Lispector son las mutaciones menores, “moleculares” de esa zona de subjetivación que se volverá horizonte compartido y suelo del presente.

En lo que sigue me gustaría analizar dos ejes donde se lee el “efecto sísmico” de la condición precaria que Macabéa, y *A hora de la estrela*, registran y formalizan. Quiero enfocarme en dos figuras, centrales en los imaginarios sociales y políticos de la modernidad latinoamericana—mejor dicho, de su fase declaradamente incluyente: el *desarrollismo*—que se ven dislocados y sacudidos por la emergente condición precaria que será el territorio neoliberal. Esas dos nociones, que son también dos figuras con un aliento conceptual muy amplio, son el *pobre* y el *trabajador*. La noción de “precariedad”, y sobre todo la figura de *la precaria*, como veremos, trazará un vector de desplazamiento, de corrimiento de ambas categorías: reinscribirá retóricas previas en torno a la pobreza latinoamericana, y a la vez volverá irreconocible la figura del “trabajador”, que condensó sentidos disciplinarios y políticos centrales en los imaginarios de lo moderno. Precariedad y precaria serán un punto de torsión y de reinención de esas nociones; *A hora da estrela* es una interrogación y una genealogía de esos movimientos.

Una figura contagiosa

A hora da estrela es, sin duda, el punto de entrada central para pensar la cuestión de lo precario en Lispector. Es un texto que recupera ciertos materiales, figuras, interrogaciones que Lispector ya había trabajado (en *A paixão segundo GH*, en *Água viva*; también en las crónicas) pero situándolos en torno a una figura políticamente más densa como es la de Macabéa, y en torno a ese horizonte de precariedad—el texto se publica en 1977—que es lo que, quiero sugerir, Macabéa inscribe, de modos decisivos, en la cultura. El texto de Lispector trae *otros 70*: no los de la emergencia de los proyectos revolucionarios y su eventual derrota; tampoco los del incipiente *desbunde* que será una de las marcas de los 80 brasileros. Los 70 del texto de Lispector reflejan, sin duda, como bien lo indica Garramuño (2010), ese “desencanto” de lo moderno propio del fracaso de los proyectos revolucionarios, pero ese desencanto también cobra la forma de ese nuevo personaje que será el protagonista de la sociedad neoliberal que en los 70 está en gestación: *la precaria*. *A hora da estrela* está mapeando ese nuevo terreno en el que la precariedad—especialmente allí donde se cruza con lo femenino—se volverá una herramienta para entender los efectos, las subjetivaciones y las luchas que serán específicas al paisaje del orden neoliberal.

Hay un procedimiento formal que se trabaja de modos nítidos en *A hora da*

estrela, y que es indicativo de la reconfiguración que viene con lo precario. Se trata de ese efecto contagioso, contaminante, desmarcador de todo límite individual que viene con el personaje de Macabéa; esto es, el modo en que Macabéa no termina de ser un personaje en sentido estricto—porque el texto no quiere delinear allí una “persona” en el sentido teatral del término, como lo subraya Roberto Esposito, o como tipo/signo social—sino que es más bien un dispositivo formal que suspende toda demarcación individual firme, un dispositivo de relación que no reclama cierre formal sino, al contrario, una apertura insistente hacia su exterior: el personaje como una *pragmática de tráfico de afectos* y que se abre a un registro de fuerzas que la atraviesan. Macabéa es pegajosa, se adhiere a su alrededor; está hecha de una sustancia en relación con la cual no es posible trazar un límite, una frontera y una distancia, una distribución más o menos estable: algo incontenible viene con ella. Seguramente se recordará la proliferación de expresiones con las que el narrador Rodrigo SM intenta señalar esto: “lama negra”, “melado pegajoso” (Lispector 1993, 30), “material poroso” (Lispector 1993, 23), como si el cuerpo mismo de Macabéa no pudiese respetar o contenerse en sus propios límites, “pois a datilógrafa—escribe Rodrigo—não quer sair dos meus ombros” (Lispector 1993, 30).

Esto se hace aún más evidente en esa célebre escena, breve pero decisiva y densísima, en la que Rodrigo y Macabéa se cruzan, por un instante, en una calle de Río:

E que numa rua do Rio de Janeiro peguei no ar de relance o sentimento de perdição no rosto de uma moça nordestina. Sem falar que eu em menino me criei no Nordeste. Também sei das cosas por estar vivendo. Quem vive sabe, mesmo sem saber que sabe. Assim é que os senhores sabem mais do que imaginam e estão fingindo de sonsos. (Lispector 1993, 22)

“Ar de relance”: en el instante algo que se “pega”, en el azar y la contingencia del encuentro imprevisto en la calle, algo en el aire—en la atmósfera, como una especie de fuerza ambiental—, y que llega anónimamente, sin origen, sin causa aparente, desde el cruce azaroso en la multitud de la calle: el “sentimiento de perdição”. No hay lenguaje, no hay relatos compartidos: hay un entre-cuerpos. Hay, sí, un oscuro reconocimiento: ambos vienen del Nordeste. Sin embargo, este origen compartido no es privativo, porque lo que circula en la escena es un saber, un saber que se tiene por el hecho de estar vivo, de ser un cuerpo viviente—un saber que se manifiesta o se actualiza en el encuentro entre los nordestinos en Río, esos fuera-de-lugar, pero que desde ese encuentro, desde el “entre” que instituye, se distribuye hacia afuera: contagia todo lo que tiene alrededor. Por eso Rodrigo dice, no sin ironía: “assim é que os senhores sabem mas do que imaginam...” (Lispector 1993, 22). “Os senhores”: los lectores. Entonces, el “ar do relance” que se contagia, el

saber que también se contagia y que llega al lector: en torno a Macabéa todos es incontinencia, línea de arrastre que se “pega” a Rodrigo pero también al lector—y, sin duda, indisoluble de esa figura inestable, a la vez espectral y ubicua que es “CL”. Y eso que llega se queda con Rodrigo; tiene una naturaleza y un poder adhesivo; opera desde un umbral corporal, orgánico, que tiene que ver con la existencia en tanto que cuerpo viviente y con el afecto: “sentimiento de perdição”. Es, entonces, antes que nada, una contaminación, un contagio de fuerzas y de afectos. Insisto con el “contagio” justamente porque eso que emerge y se impone en Macabéa no pasa tanto por una relación discursiva, en el ámbito de la significación, sino por ese *entre-cuerpos*, por ese espacio o espaciamento que pasa por el afecto y que Macabéa ilumina bajo una nueva luz.

Macabéa aparece así como un procedimiento formal que distribuye *una nueva materia compartida o compartible*, un nuevo “entre”. Algo en común que pasa entre Macabéa, narrador, autora, lector: algo que afecta, y que hace presión sobre todas esas figuras; un nuevo centro de gravedad: *un nuevo común*; de eso se trata Macabéa (esto es, *un público*: un anudamiento colectivo mediado por un texto, y en torno a prácticas de lectura y escritura). Ese “entre”, eso común que se anuncia en Macabéa—que es la materia de la inyección de la escritura de Rodrigo: su “deber” de escribir—no coincide con retóricas previas de lo compartido. Dado que Macabéa no es la encarnación de una cultura nacional o una cultura popular, ni representa una “identidad cultural”; se ubica, más bien, en el límite exterior de lo cultural como tal. Tampoco es un sujeto racial que subtendería retóricas o gramáticas de comunidad racial o étnica: Macabéa refiere, más bien, como veremos, a una especie de sub-raza, el residuo racial de los celebrados mestizajes. Tampoco la “mujer”, dado que sí, indudablemente, aquí lo femenino es una dimensión decisiva para la reflexión sobre lo precario, eso femenino no coincide con las determinaciones biopolíticas del género, con los modos de subjetivación que se conjugaron en torno a la mujer como identidad normativa y con los que Macabéa, claramente, no coincide. Tampoco—y esto es clave—ni siquiera la lengua o el lenguaje es aquí terreno de lo común: Macabéa tiene lugar en el límite del sujeto hablante como instancia del lazo intersubjetivo; está en el límite, pues, de lo humano, en una contigüidad y una proximidad con lo animal que en Lispector, como sabemos, se revelará decisiva.² Macabéa, que sin duda verifica las inscripciones biopolíticas de la nación, la raza o el género, no termina de coincidir con ellas; más bien, las inscribe y las excede, para gesticular hacia otro umbral, otro

² Trabajé la pregunta por lo animal en Lispector en *Formas comunes. Animalidad, biopolítica, cultura*. (2014).

suelo desde donde traza un nuevo terreno o dimensión de lo común, otra retórica (es decir, otra gramática de las formas) en la que se hace visible una nueva repartición de lo que nos atraviesa y nos constituye en común. Ese terreno o esa redistribución pasa, me gustaría sugerir, por la precariedad vuelta condición compartida, un modo de inscribir políticamente la vida, y que Macabéa—y la escritura de Lispector—vuelve contagio, presión, centro de gravedad. Macabéa será, antes que sujeto nacional (en su cultura, su raza, su lengua), un *viviente* bajo la luz de una vulnerabilidad contagiosa.

Pobreza/precariedad

En este sentido, esta capacidad de arrastre y de contaminación que, desde su forma misma, parece caracterizar la figura de Macabéa impacta directamente sobre uno de los desplazamientos que creo tienen lugar en *A hora da estrela*, y que pasa por los modos en que las inscripciones del pobre y de la pobreza en la cultura moderna latinoamericana empiezan a darles lugar a emergentes *retóricas de la precariedad*. Como ha sido abundantemente señalado, el personaje de Macabéa verifica las retóricas de la pobreza, los lugares comunes o estereotipos violentos en torno a la nordestina:³ toda la violencia que se conjuga en esos lenguajes racializantes en los que clase, cultura regional, y género se estampan sobre el dibujo de una especie de sub-raza, un “subproducto”, que, como dice el narrador, “*não tinha força de raça*”. Seguramente se recordará la violencia de las palabras de Rodrigo: “*Nascera inteiramente raquítica, herança do sertão—os maus antecedentes de que falei...*” Se le mueren los padres, la cría la tía beata. Tiene la cabeza “*de ossos fracos por falta de cálcio*” y “*seus pequenos óvulos tão murchos*” (Lispector 1993, 36). En Macabéa se hacen explícitos los vocabularios culturales que biologizan y racializan los antagonismos económicos y culturales, y que han sido una matriz sistemática de representación del pobre (y de la clase) como “otro” social pero también como, por así decirlo, un “otro” biopolítico —la sub-raza, el sub-humano por subdesarrollo, el menos que humano, la pura alteridad vuelta

³ Sería un ejercicio muy interesante analizar los modos en que la crítica leyó, insistentemente, en *A hora da estrela*, la cuestión de la pobreza y su torsión de representaciones previas del “pobre” en la literatura brasileña. Entre las muchas y muy agudas lecturas, selecciono la clásica de Italo Moriconi en torno “a hora do lixo” de Lispector; la de Lucía Sá (2017), que subraya la crítica al lugar del intelectual en la cultura brasileña, y la más reciente de Mario Cámara (*Restos épicos* 2017), que trabaja los movimientos entre “pobreza y santidad”. Dice Cámara (2017): “De este modo, la pobreza adquiere relevancia en *A hora da estrela* y una doble valencia: es una condición resultante de la explotación económica, pero también un estado de la subjetividad que habita en los confines de un exterior que le permite construir otra relación con las cosas del mundo. Literalmente, Macabéa habita ese “otro mundo”. Se nos ofrece como estampa del miserable y se nos sustrae por esa misma condición, es decir, por ser poseedora natural de esa verdad vacía e impronunciable” (56).

cuerpo, herencia biológica y racial, resurgencia de una animalidad indócil a toda fuerza civilizatoria. El pobre como “cesura biopolítica”, para decirlo con Agamben, como fractura interna de la nación⁴, la fractura que la nación debe “superar” vía desarrollo o por la vía revolucionaria, pero que en todo caso indica el lugar de la pobreza como el lugar de una alteridad radical que no se limita a la desigualdad social sino que se biologiza y se ontologiza: en el borde mismo de la especie.

Ahora bien, *A hora da estrela* verifica esas retóricas pero al mismo tiempo las excede, las hace girar sobre sí mismas, llevándolas a un punto de saturación y de extenuación, como si el esfuerzo por *othering* Macabéa, por volverla pura alteridad a través de esas marcas biopolíticas fracasara, y la distancia que esa violencia quiere estampar se resolviera en una proximidad vertiginosa. Como si las representaciones de la pobreza como “otro” biopolítico, como materia de antagonismos raciales, culturales y de género, *fallaran*, no pudiendo contener esa nueva materia y esa nueva condición generalizada que se está volviendo más explícita y que emerge bajo el signo de lo precario. *A hora da estrela*, entonces, podemos pensar, se sitúa entre dos retóricas (que son dos inscripciones políticas de la vida), la del “pobre” y la del “precario”, y señala, como quizá ningún otro material, el terreno de este desplazamiento y de esta tensión que será decisiva para trazar los nuevos modos de la desigualdad en las décadas por venir.

Una clave para dar cuenta de esto pasa por la representación de las “domésticas” en las crónicas de Lispector, donde son una figura recurrente. Por lo general, leídas como “antecedentes” de los textos de ficción, las crónicas dan cuenta de la insistencia de los antagonismos de clase en la escritura de Lispector, y funcionan sobre todo como modeladores de la vida cotidiana y del paisaje social — razones suficientes para pensar las crónicas como materiales con peso y significación propia, y no sólo como provisión de materiales para la ficción. Un hilo común que parece recorrer las muchas y diversas crónicas en torno a las domésticas es la distancia, el antagonismo, cuando no la directa hostilidad, entre patrona y empleada, que es uno de los modos en que el antagonismo social en general se inscribe en la escritura de Lispector. Las escenas entre patrona y empleadas matizan la tensión de clase alrededor de ese escenario, que en Lispector es fundante, de lo femenino: la identificación quebrada, el espejo roto de esas *otras* con las cuales no hay, no puede haber, identidad compartida o lazo que eluda la desigualdad entre ambas. “Ter empregadas, chamemo-las de uma vez de criadas, é

⁴ En Argentina, con una resolución formal muy diferente, “El niño proletario”, de Osvaldo Lamborghini, también piensa esta cesura en un texto relativamente próximo al de Lispector, *Sebregondi retrocede*, de 1973.

uma ofensa à humanidade” (Lispector 1999, 71). Un abismo separa a las “criadas” del propio lugar como sujeto, abismo en el que se refleja, como señala Peixoto, el sedimento de la sociedad esclavista.⁵ Dos crónicas son ilustrativas de esta distancia irreductible. En una—“Como uma corça”—Lispector rememora una empleada, “Eremita”, cuyos ojos castaños era “intraduzíveis”, y que se caracterizaba por quedarse ausente, su rostro perdido en una “tristeza impessoal” (Lispector 1999, 71). Esas ausencias y ese misterioso silencio, resuelve Lispector, se debían a que “ela descobrira um atalho para a floresta” (Lispector 1999, 72). Eremita habita paralelamente el mundo del bosque, el reino vegetal y animal al que retorna, y que la acompaña incluso en sus tareas habituales (“[e]la se arranjava para servir muito mas remotamente, e a outros deuses” [Lispector 1999, 72]). Criatura natural, habita en parte en otro mundo, inaccesible y pura distancia—en el que también aprende a robar “de leve”, robos menores en la despensa, como un animal furtivo. En otra crónica, “O lanche”, Lispector imagina un té con todas las empleadas que tuvo en su vida, incluso las que olvidó (para esas, una silla vacía). Se trata de una reunión con espectros, y como tales son convocadas: “redivida, morta-viva” (Lispector 1999, 277), cada criada empieza a pronunciar las frases que la caracterizaban, como una especie de máquina parlante.⁶ Animalizadas, espectralizadas, las empleadas a la vez asedian la escritura de Lispector—justamente porque la escritora no termina de saber dónde ponerlas para trazar un lazo más estable, ni de asignarse un lugar más habitable ante ellas—, pero lo hacen siempre bajo el signo de una alteridad irreductible, insuperable, sin sutura. Esa otredad, que en Lispector se vuelve una inyunción ética, se matiza desde un antagonismo de clase sobre el que se invisten marcas culturales, sociales, religiosas, raciales. Y tiene lugar sobre esa “ofensa” a la humanidad que es el sedimento filo-esclavista sobre el que se recorta la figura de la criada, y que es una matriz de representación de la pobreza en Lispector.

Esa alteridad, esa “otrorización” están, como ha sido señalado, en la base del personaje de Janair, en *A paixão segundo GH*, especialmente en su proximidad a lo animal. Y reaparece en Macabéa, como figuración de la migrante pobre en Río: la pura alteridad de la otra social, el pobre como referencia a otro mundo distante e inaccesible, a la vez más pleno y más privativo. Pero si en las crónicas las domésticas figuran esa distancia insistente entre las clases, ese abismo sin sutura, Macabéa invierte esa matriz y transforma esa alteridad amenazante y constitutiva en

⁵ Ver Peixoto (2002), “Fatos são pedras duras’. Urban Poverty in Clarice Lispector”.

⁶ “Comida é questão de sal. Comida é questão de sal. Comida é questão de sal. Lá vem a lordeza: te desejo que obtenhas o que ninguém pode te dar, só isso quando eu morrer. Foi então que o homem disse que a chuva era de ouro, o que ninguém pode te dar...” (Lispector 1999, 278).

una *proximidad* de fuerza ética y política bajo el signo de lo precario. Eso que se había acordonado como distancia de clase (eso que, podríamos decir, la noción misma de clase había intentado acordonar y contener como distinción estructural) empieza a filtrar y a permear de nuevos modos el paisaje de lo social, y Macabéa será un sensor de ese desplazamiento incipiente. La paradoja de ese contagio es que no tiene lugar en nombre de la humanidad, de las retóricas compasivas de una igualdad ontológica más allá de las clases, sino todo lo contrario: en el nombre de lo que tensa lo humano, lo que lo desborda, lo que trae, con una nueva fuerza política y bajo la luz de lo viviente, los cuerpos y sus vidas al centro de la interrogación. Allí es donde se sitúa la condición precaria en Lispector: en el límite de lo impropio, lo inapropiable, el límite entre lo humano y lo no-humano. Lo precario, entonces, tensa la lógica del antagonismo y la alteridad que definen los itinerarios del pobre y la sustituye por los modos de lo próximo, lo constitutivo, lo contagioso: Macabéa funciona como un operador formal de ese pasaje.

En ello, la escritura de Lispector trabaja, desde un ejercicio formal o específicamente estético, un rasgo que será definitorio de la noción de precariedad, de su horizonte conceptual y político: el hecho de ser un factor *transversal* que desclasifica identidades, grupos, distinciones y antagonismos (de clase, raza, género, etcétera) a partir de una vulnerabilidad que, si bien se reparte desigualmente, empieza a afectar de nuevos modos a sectores que, otrora, habían percibido su lugar social de modos más estables o menos amenazados. (El “gobierno a través de la inseguridad” del que habla Isabell Lorey, por ejemplo, es inseparable de estas retóricas transversales de la precariedad en la gestión de la vulnerabilidad.)⁷ Macabéa ilumina, tempranamente, el terreno y la materia en los que esta lógica habrá de desplegarse en las décadas por venir.

En este sentido, quizá aquí convenga una clarificación conceptual. Dado que, se objetará, la pobreza siempre implica ya la precariedad, no tiene mayor sentido diferenciar o contraponer “pobreza” y “precariedad” en la medida en que ambas nociones apuntan a un mismo horizonte de desposesión, abandono, explotación y violencia. Y en gran medida, esto es así, claramente. Sin embargo, creo que vale la pena señalar una diferencia y un desplazamiento, del cual Macabéa, tal como estoy intentando plantear, sería un índice. Porque si las retóricas de la pobreza han orbitado, principalmente, alrededor del antagonismo entre clases, y/o entre cuerpos racializados (o incluso entre “partes” de la nación en conflicto),⁸ o

⁷ Ver Lorey (2015), *State of Insecurity. Government of the Precarious* y Lazzaretto (2017), *Experimental Politics. Work, Welfare and Creativity in the Neoliberal Age*.

⁸ Ver Sá (2007), “De cachorros vivos e nordestinas mortas: *A hora da estrela*, e o

alrededor de la distancia que separa a excluidos e incluidos, a los representados de los invisibilizados, si el pobre y su pobreza han producido las retóricas de la alteridad que desfondan los mecanismos de la representación modernos, la precariedad o la vida precaria, en cambio, funciona sobre un procedimiento íntegramente diferente—funciona sobre la base, como vimos, del contagio, la contaminación, la proximidad, el impacto adhesivo; esto es, como *força afectiva*, como afecto que oscila entre cuerpos, entre lugares de sujeto, y que impone una proximidad a partir de una inseguridad siempre generalizable. *El pobre es, siempre, el otro; el precario es, en cambio, el mensajero de una nueva inseguridad de la cual no estoy ni estaré nunca lo suficientemente protegido.* Esa tensión y ese desplazamiento es el que *A hora da estrela* dramatiza en torno a Macabéa y a las figuras que ella convoca, que son las figuras de la “literatura”—“Rodrigo SM”, “CL”, “os senhores” lectores—como modulación de lo colectivo. Algo que no se acomoda a los modos en que el pobre había sido inscripto por la cultura, y que amenaza no con la violencia (del antagonismo) sino con una nueva condición precaria que no se puede poner a distancia, ni siquiera, como lo demuestra Rodrigo, al precio de una violencia retórica que fracasa ante nuestros ojos y exhibe esta condición precaria que está haciendo su irrupción e imponiendo sus nuevas reglas.

Nuevas reglas: lo que emerge bajo la luz de lo precario es el viviente, y ese viviente nunca coincide del todo con el universo de lo social y de lo humano: trae una luz sobre la materialidad de lo vivo en continuidad con lo animal, lo orgánico y lo material. Desborda y excede lo social-humano, y por eso también lo desplaza como centro de la pregunta por lo político. Precariedad es, *antes que nada*, algo que se comparte con el resto de lo viviente; el punto de partida del ser precario, de la vida precaria, no tiene rostro humano; tiene el pulso, el pulsar de un viviente en su afirmación siempre al límite de su supervivencia. Por eso, interesantemente, *A hora da estrela* comienza (al menos uno de sus comienzos) no con Macabéa, o con el narrador, o con algún “yo”; empieza con esas moléculas que, al azar, se afirman (“uma molécula disse sim a outra molécula e nasceu a vida”), y en esa afirmación arranca una novela que, en su artificio mismo, dice que no hay comienzo porque la vida no tiene, en sentido estricto, origen propio. Su terreno, entonces, es el del viviente, no el del humano: a ese terreno pertenece la precariedad, y es hacia ese terreno adonde arrastra las imágenes, las formas, los sentidos de la cultura. *A hora...* narra no tanto la configuración de una “clase afectiva”⁹ o de un imaginario subjetivo

mail estar das elites”.

⁹ Lauren Berlant (2007) trabaja en su *Cruel Optimism* la condición expansiva de lo precario en torno a la pregunta sobre el precariado o los precarizados como “clase afectiva”. ¿Qué significa esto? Evidentemente, no que lo precario se defina por un tipo o un repertorio

(con sus correlatos familiares, domésticos, su repertorio de expectativas y proyectos vitales derrumbados, de ideales de sujeto desmoronados), como la inminencia de una nueva materia común, una transversal entre clases y que se ilumina como condición precaria. Y en este sentido, la reflexión biopolítica en torno a los modos en que se piensa y se politiza la noción de “vida” funciona mejor para pensar ese bios vulnerable que pasa, fundamentalmente, por la existencia como viviente en tanto que terreno de disputas éticas y políticas (y en todo desde ahí articula nuevas producciones de subjetividad).

Precariedad y trabajo

A la vez que desplaza y tensa las representaciones clásicas de la pobreza, la condición precaria disloca (de modos que podemos pensar son complementarios) las representaciones, tan insistentes y tan normativas, del trabajo y del trabajador. Antes de interrogar esa dimensión, sin embargo, quizá convenga recordar un marco general, dado que ese desplazamiento—como un emborronamiento de imágenes que se quisieron tan nítidas—del “pobre” y del “trabajador” es un desplazamiento de ejes centrales de esa matriz tan formativa, tan modeladora en términos culturales, sociales y políticos, aunque de base fundamentalmente económica, que llamamos (de modos que deberíamos interrogar más insistentemente) *desarrollismo*.

El desarrollismo es, evidentemente, una teleología: una narrativa de lo colectivo, una visión, sostenida narrativamente, de lo posible social, el “progreso”. En el núcleo de esa teleología tenemos al “pobre” y al “trabajador”: es el trabajo—en sociedades que aspiran al pleno empleo—la vía a través de la cual el pobre saldría de su pobreza, y por la cual el umbral de dignidad humana (cuyo estándar será marcado por criterios producidos por el Estado de bienestar: salud, vivienda, educación, alimentación) se volvería una realidad universal en estas naciones periféricas y postcoloniales. Esa teleología trabaja con imágenes del bienestar y de

de afectos, sino por el hecho de que la precariedad, allí donde se politiza o donde produce subjetividad, puede funcionar como un conector, un modo de afectación entre cuerpos, individuos, grupos que no tienen necesariamente una misma posición en el mapa de desigualdades estructurales pero que comparten un “imaginario afectivo”, en palabras de Berlant, que remite a un “sentido” (*sense*: significado y sensorialidad) en el que “la precariedad dramatiza la situación del presente” (Berlant 2007, 195)—un estar expuestos (y “dramatizar”, escenificar), de modos diferenciales a la nueva lógica de la inseguridad y la desprotección que las sociedades neoliberales volvieron regla de juego.

Para una discusión sobre las intersecciones entre precariedad y clase social, ver la noción de *precarizado* en Guy Standing (2009), y la réplica desde una mirada marxista más clásica de Richard Seymour, que señala las relaciones entre “precarizado” y “clase” en “We are all Precarious. On the Concept of the ‘Precariat’ and its Misuses”, www.newleftproject.org/index.php/site/article_comments/we_are_all_precarious_on_the_concept_of_the_precariat_and_its_misuses.

una dignidad de la vida humana como horizonte normativo; una utopía moderada, laboriosa, disciplinaria (tan nítidamente hecha de figuraciones racistas y heteropatriarcales), mundo soñado de la “casa” y del “trabajo” que modelará las promesas del desarrollismo latinoamericano que tiene dos protagonistas decisivos, nucleares, que son matrices de imaginarios, narrativas y sueños: el “pobre” y el “trabajador” (uso la declinación masculina deliberadamente, dada la matriz masculinista de los sueños del desarrollo latinoamericano: el “primer trabajador” encarnado en Juan Domingo Perón quizá sea su ejemplo paradigmático.). El enorme poder, la fuerza afectiva y simbólica que se conjuga en la Macabéa de Lispector pasa precisamente por sintonizar, como una frecuencia histórica que se captura y se trae a los lenguajes y relatos compartidos, la profunda dislocación y descomposición de esas figuras solidarias del pobre y del trabajador que se anunciaban en lo que se denominará “era neoliberal” y que venía a cancelar las temporalidades del desarrollo y las narrativas del desarrollismo. Bajo el signo de lo precario emerge ese terreno en el que se deshace esta narrativa del desarrollo y se abren nuevas lógicas de, a la vez, dominación y fuga; Macabéa tiene lugar en esa inflexión.

Dado que aquí la que debería ser la “trabajadora”, la que debería encarnar ese pasaje prometido desde la pobreza, el abandono, la malnutrición, hacia la dignidad, la calidad de vida, la inclusión a partir del trabajo, aquí es “incompetente. Incompetente para a vida” (Lispector 1993, 32) La figura que debería modelar—en este caso a través de la migración interna del Nordeste atrasado a la ciudad moderna—el posible del desarrollo latinoamericano en la figura de la secretaria, la dactilógrafa (figura clave en los imaginarios desarrollistas, junto al obrero fabril), esa figura aquí está marcada por la incompetencia. Macabéa empieza su historia como *desocupada*, después de perder su trabajo como dactilógrafa a causa de su inepticia (aunque su patrón, Senhor Raimundo, posterga su decisión, básicamente en un arranque de compasión; Macabéa queda, en este sentido, en el limbo de la trabajadora informal, a merced de la decisión del patrón). Ese hecho es clave para pensar la cuestión de lo precario en el texto de Lispector: precariedad, aquí, no es una dimensión puramente ontológica sino que remite a una configuración histórica y económica muy nítida, que es la de la reformulación radical de las figuraciones del trabajo y del trabajador como matrices culturales. Dado que Macabéa no es exactamente una proletaria explotada, una fuerza de trabajo extenuada y no compensada, una figura de la injusticia económica y social: no es el desocupado o el trabajador victimizado por un orden económico injusto y desigual. Más que una proletaria, Macabéa—la crueldad de Rodrigo deja pocas dudas al respecto—es *no-*

empleable: es un cuerpo en el límite de las formas reconocibles de productividad económica. De allí que resulte clave que Macabéa entre a la narración como desocupada: la figura de Macabéa se conjuga en torno a la pregunta por el “empleo”, y por la capacidad de Macabéa para ser empleada, para ser productiva.

“Mal tem corpo para vender”, dice Rodrigo; las chicas como Macabéa (y son un tipo, desingularizadas) “não notam sequer que são fácilmente substituíveis e que tanto existiram como não existiram” (Lispector 1993, 23). Macabéa es la superflua, parte de esa población excedente que será específica y sistemática en sociedades que han renunciado al pleno empleo (que había sido, como sabemos, el horizonte normativo del desarrollismo). Su superfluidad es una marca temporal: indica un no-lugar en las narrativas colectivas del futuro (futuro que, se recordará, es la última palabra que pronuncia Macabéa: “Quanto ao futuro”, puntuando esa indeterminación temporal que es una de las marcas decisivas de la condición precaria). Recordemos también que la historia de Macabéa arranca con la incompetencia: las capacidades, las facultades, la “productividad” de Macabéa: eso es lo que no tiene, y lo que en gran medida la define (*la que no puede competir*, la que no puede arrancar siquiera con alguna competencia porque no tiene las capacidades requeridas para lo que el capital quiere de “la vida”: la *unfit*, la menos apta en todo imaginario de la “lucha por la vida” en clave de darwinismo social). Emerge allí donde su “potencialidad”—difusa, que no se resuelve en “competencias”—no se reconvierte ni en la figura del trabajador fordista propia del desarrollismo pero tampoco coincide con el proletario que será, en los imaginarios revolucionarios, capaz de desalienar el trabajo y reconducirlo hacia su utilidad colectiva. Y—mucho menos—tampoco coincide con esa otra figura que es la que está emergiendo como horizonte de subjetivación en las nacientes sociedades neoliberales: la “empresaria de sí misma”,¹⁰ el sujeto del “capital humano” que, tomando distancia del trabajador clásico, quiere hacer de su existencia como viviente y como sujeto social una empresa (y que será una figura decisiva en las décadas por venir: la inmigrante precaria como figura de una nueva empresariedad).¹¹ Ni trabajadora—o

¹⁰ Ver Verónica Gago (2014), *La razón neoliberal. Economías barrocas y pragmática popular*.

¹¹ Ni tampoco, valga la aclaración, en la figura de artista o de escritor/a, que será una resolución sistemática de la incompetencia en distintas inflexiones de la disciplina capitalista, y que reaparece en las escrituras y narraciones de lo precario. Es interesante, en este sentido, el contraste entre *A hora...* y una crónica reciente—una picaresca—del trabajo precario en Francia, *Précaire!* (Belhocine 2016). Allí, después del recuento de su infructuosa búsqueda de trabajo y de pintar la postal escalofriante de la precarización laboral en la Francia contemporánea, el narrador termina definiendo su no-posición en el mundo laboral con un “Je suis écrivain!” que cierra la crónica, como si el “escritor” registrara, justamente, la posición de los que no tienen posición en el presente. Esa alternativa no está disponible para Macabéa—empezando porque justamente tiene dificultades para tipear correctamente

proletaria—ni emprendedora o empresaria de sí: Macabéa emerge en el revés de las dos figuras económicas de las modernizaciones latinoamericanas y de sus matrices en torno al trabajo. No convierte su energía corporal en “fuerza de trabajo” intercambiable por un salario, ni tampoco en “capital humano” que pueda ser movilizado bajo el formato de la empresarialidad neoliberal emergente. “Mal tem corpo para vender”: un cuerpo en el revés de los universos disponibles de la productividad, del trabajo y de la obra. La vida precaria aquí es, entonces, antes que nada irreductible al trabajo. *Precariedad=desobra*:¹² suspende las subjetivaciones disponibles en torno al trabajo, las “formas de ser” un sujeto que se juegan alrededor del trabajo.

El texto de Lispector no quiere dejar muchas dudas al respecto. Registra el universo del trabajador fordista, su imaginario, a través de la figura de Olímpico, el “metalúrgico”: Macabéa y él forman “un casal de clases”, la pareja de la dactilógrafa y el metalúrgico, una postal del desarrollismo latinoamericano. Pero Macabéa, justamente, no encaja en esa postal. Y no encaja no por transgresora, sino por desistencia, por sustracción, por su “incompetencia”. Macabéa no se encuadra en la figura de la dactilógrafa pero tampoco en las posiciones disponibles para una mujer pobre: esposa, madre, trabajadora sexual: su cuerpo no se puede vender ni en el mercado del matrimonio y la reproducción, ni en el de la prostitución. Se recordará el señalamiento de Rodrigo respecto de la inutilidad reproductiva de Macabéa: “*não tinha força de raça*”, por oposición a Gloria, la compañera de trabajo carioca, que sí aparece marcada como la buena mezcla racial con potencial de dar buenos especímenes; Gloria sí es apta para la reproducción y la maternidad; por eso, en ese teatro de subjetivaciones esquemáticas en torno al trabajo y la reproducción que es *A hora da estrela*, Olímpico elige a Gloria.

En este sentido, es interesante que esa precariedad que se anuncia en Macabéa—el cuerpo económicamente superfluo que será uno de los rostros de la sociedad neoliberal—implique antes que nada *una suspensión de las subjetivaciones disponibles para una mujer pobre*: no es, como vimos, la “trabajadora” ni la “empresaria de sí”; tampoco el lugar que sería una de las posibilidades más cercanas para una muchacha pobre en Rio: el trabajo sexual. Pero tampoco es apta para el trabajo reproductivo asignado a la “mujer” como lugar de subjetivación. Ni empleo formal, ni empresarialidad; ni trabajo sexual, ni trabajo doméstico: sin ser, repito,

las palabras que se le dictan: la suya es una contra-escritura, una interrupción del flujo de lo escrito. Ver, en tal sentido, el análisis iluminador de Sarah Wells (2017) sobre Macabéa ante la máquina de escribir y sus resonancias en la escritura de Lispector, en *Media Laboratories: Late Modernist Authorship in South America*.

¹² Para la cuestión de la “desobra”, ver *La communauté désœuvrée*, de Jean Luc Nancy (1990).

transgresora, encarnando una pasividad radical, Macabéa desmarca y desmonta los modos de subjetivación a partir del trabajo que le están reservados. Al hacerlo, libera o despliega una vida o un viviente que se hace visible en la revocación del anudamiento, tan sistemático en la tradición moderna que atraviesa el liberalismo y llega hasta el neoliberalismo que es el anudamiento entre la vida—su potencia, su fuerza, su tiempo—con la producción y con el trabajo.

En esto se hacen evidente dos desplazamientos que son, quiero sugerir, clave. El primero: el trabajo deja de funcionar como “producción de subjetividad”, como matriz de subjetivaciones sociales y políticas. El empleo—y su correlato en la figura del trabajador—se debilitan como matriz de pertenencia social, fuente de dignidad y de identidad personal. Aquí, *A hora da estrela* registra, podemos pensar, un futuro que se está abriendo: el hecho de que en las sociedades del trabajo precario, en las sociedades en las que la precarización laboral será el núcleo de la gestión neoliberal; en esas sociedades el trabajo dejará de ser, crecientemente, instancia de subjetivaciones fuertes, de densidad simbólica y de pertenencia social. Trabajo y trabajador dejan de ser “revolucionarios” y también instancia de “desarrollo nacional”; queda un nuevo escenario demarcado por las retóricas del “capital humano” (que en *Lispector* no aparecen) y el universo de desocupación y de potenciales trabajos basura que es el escenario de precariedad que sí se abre para las Macabéas por venir, y que será la materia central de muchas cartografías de la cultura en las décadas siguientes.¹³ Pero en todo caso, lo que interesa subrayar es que el trabajo clásico—en el sentido fordista—y la figura del trabajador dejan de ser núcleo de espesor político y de aliento ético.

Y segunda consecuencia: la precariedad *no se redime por el trabajo*. Aquí se evidencia uno de los desplazamientos más significativos que tienen lugar en torno a la precariedad por oposición a las retóricas de la pobreza que veíamos más arriba. Las retóricas modernas de la pobreza gravitaron sistemáticamente en torno al trabajo como horizonte normativo y como fuente de subjetivaciones socialmente valorizadas: el trabajo como fuente última de dignidad y de protección social. El universo, el mundo que gravita en torno a la precariedad funciona de un modo radicalmente diferente, al que Macabéa ilumina y potencia de modos extraordinarios. Aquí la precariedad es irredimible por el empleo—la superfluidad de Macabéa, su existencia económicamente supérflua—, no se resuelve por ninguna de las formas disponibles del trabajo, tanto en sus modulaciones capitalistas (entre desarrollismo y neoliberalismo) como en los horizontes revolucionarios. La

¹³ Pienso, por ejemplo, en las crónicas sobre trabajo precario de Laura Meradi (2008) en *Alta rotación. Crónicas del trabajo precario de los jóvenes*.

superfluidad de Macabéa, y su “incompetencia”, anuncia e ilumina una dimensión de lo precario que no se resuelve o no se sutura a partir del trabajo y de sus subjetivaciones posibles y sus dimensiones ético-políticas.

Una vida o un viviente irreductible al trabajo, que no se deja apropiarse ni humanizar por la figura de ese trabajador que, para serlo, debe reclamar la propiedad sobre su cuerpo, su fuerza (como “fuerza de trabajo” para vender), o como “capital humano”, esa matriz del “individuo propietario” que ha sido, como dice Isabell Lorey, la base de modos de gubernamentalidad liberal y neoliberal, ese individuo que, para poder declararse “sujeto” o “persona”, debe antes que nada ser capaz de dominar el cuerpo viviente que constituye su dominio y su riqueza, y para ello, separarlo del tejido de relaciones—materiales, biológicas, sociales, tecnológicas—que lo hicieron posible; esa figura *immunitaria* que es la del individuo y su cuerpo “propio”—esa figura es la que, en esa transición histórica que despuntaba en Brasil en los 70 se desvanece o se revierte en ese nuevo universo que viene con Macabéa, y que encuentra en la precariedad uno de los modos de nombrarse y de aparecer.

“Una vida”, en última instancia, que suspende la racionalidad productiva de la “obra”: eso es lo que aparece en esa Macabéa, una suerte de revés, o de ambivalencia radical, que viene con lo precario. *En Macabéa lo precario es también un modo de volverse ilegible a las subjetivaciones del capital*. Los inútiles y los “muchos”; los inservibles y los que sobran: no es difícil escuchar las resonancias de esas fórmulas en los modos en que muchas retóricas económico-políticas (pero sin duda también morales, pastorales) nombran el paisaje de desigualdad que se construye desde el ordenamiento neoliberal. Lispector sitúa exactamente ese eje para Macabéa; desde allí lo tensa y lo revierte.

Entre el trabajador disciplinario del desarrollismo y el empresario de sí neoliberal, y a distancia de ambos, una precaria que no se redime—y, por lo tanto, no se humaniza: no se vuelve asimilable social y culturalmente, no ocupa lugares de sujeto—a través del trabajo ni a través de su capitalización, de su volverse propiedad. Justamente, en el momento en que el capitalismo iba a dar un nuevo salto de intensidad en sus modos de controlar y capitalizar la vida, ahí emerge la Macabéa incompetente y precaria, su *vida-otra*. Una vida, un viviente, un cuerpo cuya existencia es irreductible al trabajo y al trabajador, y fundamentalmente, es irreductible a esa figura del “individuo propietario”—propietario de sí, de su vida, de su cuerpo, de su “fuerza de trabajo”: la matriz del individuo como dueño soberano de eso que se constituye en su primera propiedad—su cuerpo, sus fuerzas, su potencia vital. En ese umbral de reversión y de fuga tiene lugar Macabéa.

Estas líneas de composición que se exhiben en la hechura de Macabéa nos

permiten pensar *lo precario como producción de subjetividad* (Lazzarato 2017); una recomposición de líneas de fuerza, una reorganización de materias, sentidos y pliegues de lo subjetivo. La figura de la precaria no coincide con el pobre; no es el desempleado, no es el lumpen, no es el delincuente, no es la víctima ni el *homo sacer*, aunque los atraviesa y los reparte de un nuevo modo. Surge en el corazón de las sociedades neoliberales, y retrabaja tradiciones culturales y políticas previas a las que reordena e ilumina de un nuevo modo. Articula líneas económicas, que pasan por la nueva inseguridad que las economías neoliberales inyectan en el universo del trabajo, bajo la consigna de la hipercompetitividad y del fin del “pleno empleo”; líneas políticas, que pasan por la nueva conciencia sobre la vulnerabilidad de los cuerpos y la vida ante la gestión política de la protección social; y líneas afectivas, en la medida en que demarca lugares de subjetivación e identificación individuales y colectivas, e ilumina los modos en que la gestión de la vulnerabilidad afecta directamente la vida y la supervivencia de los cuerpos.

Ese umbral, esa transversal, es lo que Macabéa figura, lo que inscribe o *inocula* en la cultura; desde ahí lanza coordenadas que llegan hasta el presente. La precaria como línea de figuración de esos territorios existenciales desde donde se puede desplegar eso que en el presente parece a la vez imposible y urgente: la reinención de las líneas de lo común, de un “entre” que no reponga las subjetivaciones letales del orden neoliberal.

En esa tarea es donde se cifra, quizá, el “quanto ao futuro” del final de *A hora da estrela*: una temporalidad clandestina, un contra-futuro subterráneo, imperceptible, ex-temporáneo. Esa temporalidad subterránea insiste; allí se juega uno de los vectores que trabajan los contornos de eso que llamamos “el presente”.

Obras citadas

- Belhocine, Mustapha. *Précaire! Nouvelles édifiants de Mustapha Belhocine*. Paris: Éditions Agone, 2016.
- Berlant, Lauren. *Cruel Optimism*. Durham, NC: Duke University Press, 2007.
- Butler, Judith. *Precarious Life. Powers of Mourning and Violence*. London: Verso, 2004.
- Cámara, Mario. *Restos épicos. La literatura y el arte en el cambio de época*. Buenos Aires: Librería, 2017.
- Cámara, Mario y Roxana Patiño eds. *¿Por qué Brasil, qué Brasil? Recorridos Críticos*. Villa María: Eduvim, 2017.

- Gago, Verónica. *La razón neoliberal. Economías barrocas y pragmática popular*. Buenos Aires: Tinta Limón, 2014.
- Garramuño, Florencia. *La experiencia opaca. Literatura y desencanto*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2010.
- Giorgi, Gabriel. *Formas comunes. Animalidad, cultura, biopolítica*. Buenos Aires: Eterna cadencia, 2014.
- Lazzarato, Maurizio. *Experimental Politics. Work, Welfare and Creativity in the Neoliberal Age*. London: MIT Press, 2017.
- Lewkowicz, Ignacio. *Pensar sin Estado. La subjetividad en la era de la fluidez*. Buenos Aires: Paidós, 2004.
- Lispector, Clarice. *A hora da estrela*. São Paulo, Francisco Alves, 1993.
- _____. *A descoberta do mundo*. Rio de Janeiro: Rocco, 1999.
- Lorey, Isabell. *State of Insecurity. Government of the Precarious*. London: Verso, 2015.
- Meradi, Laura. *Alta rotación. Crónicas del trabajo precario de los jóvenes*. Buenos Aires: Tusquets, 2008.
- Nancy, Jean Luc. *La communauté désœuvrée*. Paris: Christian Bourgois Editeur, 1990.
- Peixoto, Marta. “‘Fatos são pedras duras’. Urban Poverty in Clarice Lispector”. En Claudia Pazos Alonso y Claire Williams eds. *Clores to the Wild Heart: Essays on Clarice Lispector*. Oxford: Legenda, 2002.
- Sá, Lucía. “De cachorros vivos e nordestinas mortas: A hora da estrela, e o mail estar das elites”. En Florencia Garramuño, Gonzalo Aguilar y Lucía de Leone eds. *Experiencia, cuerpo y subjetividades. Literatura brasileña contemporánea*. Rosario: Beatriz Viterbo, 2007.
- Standing, Guy. *The Precariat: the New Dangerous Class*. London: Bloomsbury, 2009.
- Tsing, Anne. *The Mushroom at the End of the World*. Princeton: Princeton University Press, 2015.
- Wells, Sarah. *Media Laboratories: Late Modernist Authorship in South America*. Chicago: Northwestern University Press, 2017.